

- *Madrid y Felipe II*
- *La designación de Madrid como capital del Imperio, motivación y consecuencias*
- *Vinculación del Rey a Madrid y legado del Rey a Madrid.*
- *Felipe II: un hombre familiar. Cartas a sus hijas y referencias a Madrid.*
- *Felipe II en las artes. Retratos de la Familia Real en el Prado.*
- *El Madrid de hoy, historia y futuro.*

Saludos,

Quiero agradecer al Director de este curso, Antonio del Real, el haber sido invitado hoy a ser uno de los ponentes. Más aún, cuando se trata de un asunto que me apasiona tanto como es Felipe II y el siglo XVI español. Y qué mejor lugar para hablar de Felipe II que este lugar de El Escorial que es donde el Rey hizo su más visible fundación, que ha llegado hasta nosotros como símbolo del Imperio Español: Y qué mejor tema que hablar de la relación de Felipe II con Madrid, la ciudad y región en la que vivo y a la que he dedicado mi trabajo político desde hace ya 13 años, como diputado en la Asamblea primero, como senador por la Comunidad de Madrid después y ahora como Delegado del Área de Gobierno de Economía y Empleo del Ayuntamiento de Madrid.

Toda nación necesita una capital como su centro administrativo. Y a menudo, una gran nación tiene como capital a una ciudad de talla mundial. Esto es así porque al centro administrativo se le va añadiendo, a lo largo del tiempo, un tejido económico que depende directamente del trabajo del estado, y a ese tejido, más y más actividad indirecta.

En el trabajo municipal solemos prestar atención a aquellas cosas que decimos que “hacen ciudad”, es decir, que son parte de la forma de vida específica de la ciudad y generan redes ciudadanas de todo tipo. Porque las ciudades se hacen, se van formando como consecuencia de ser una economía de concentración con todo lo

que ello conlleva, porque tienen que cubrir las necesidades de las muchas personas que en ellas viven.

Por eso, en la mayoría de las naciones de Europa, el poder se fue acumulando en una ciudad, hasta el punto de llegar a ser la capital de ese estado por su peso, antes que político; demográfico y económico. Las ciudades europeas alcanzan su capitalidad tras siglos de importancia económica, en muchas ocasiones porque la ciudad es antes del estado, pues se organiza y se conforma antes de que las fronteras estén definitivamente fijadas.

Así, a todos nos parece que en Grecia no puede haber más capital que Atenas, o que Roma, que fue la capital de un Imperio que abarcaba la mitad del mundo entonces conocido, sea ahora la capital de Italia.

Sin embargo, Madrid es un caso diferente: Madrid fue designada capital de España de manera directa por Felipe II. Madrid no se hizo, sino que se mandó hacer. Y lo que hoy es Madrid, una ciudad de primer nivel mundial en todos los aspectos, lo es por aquella decisión que el Rey Felipe tomó en 1561.

Hasta mediados del siglo XVI, nuestra nación no tenía capital, pese a que ya existía una estructura del Estado, si bien es cierto que en constante evolución, más aún cuando la expansión imperial había sido fulgurante. Si partimos de la fecha del matrimonio entre los Reyes Católicos, en 1469, en ese breve período de unos 90 años que comienza con la unión de las Coronas de Castilla y Aragón, se completa la Reconquista, se conquistan las Canarias, se descubre América, y se suma el Reino de Navarra. Además, el trono lo acaba heredando Carlos I, un Rey que es también emperador del Sacro

## Imperio Romano Germánico y soberano de Nápoles y los Países Bajos.

Mientras, al otro lado del Atlántico, el avance de la colonización aumentaba el poder de la Corona española. Y hasta ese momento no existe un centro político de poder, sino que la Corte es allí donde el Rey esté en ese momento. Se hace necesaria una capital, una sede política donde pueda establecerse la estructura necesaria para gobernar el Imperio. Y desde luego, habían mejores candidatas en los dominios castellanos que Madrid, como podían ser Valladolid, cuna del propio Rey, Toledo sede arzobispal primada, Sevilla, desde la que partían (y más importante aún, llegaban cargados) los navíos rumbo al nuevo mundo y que era la mayor ciudad de España durante todo el siglo XVI, e incluso Ávila, Segovia o la propia Alcalá de Henares, que contaba con Universidad y casi 7000 habitantes hacia 1550.

Y parece que el Rey Felipe pensó que sería oportuno que una urbe sirviera de orientador e impulso a esa imperial monarquía, amén de lugar de protección para su familia y para su gobierno. Ese papel orientador e impulsor, como nos indica Manuel Fernández Álvarez en su teoría sobre la capitalidad, se torna a su vez una responsabilidad histórica ante determinados sucesos nacionales, como si la mayor amplitud del colectivo y la cercanía al centro de decisión hiciesen a ese pueblo más valiente y más dueño de su propio futuro. Eso es algo que Madrid ha asumido - se me viene a la mente no sólo el Dos de Mayo cuyo bicentenario celebramos, sino, como hechos más recientes, manifestaciones ciudadanas como la posterior al 23-F o la explosión de manos blancas que refrendó el Espíritu de Ermua.

- . *La designación de Madrid como capital del Imperio, motivación y consecuencias*

Felipe II fue enseguida consciente del destino que tenía encomendado en su vida, es decir, consciente de la importancia de todos sus actos y movimientos, más aún cuando resultaba difícil establecer la diferencia entre política y familia: la estrategia matrimonial era un pilar de la estabilidad del estado y el mismo lo había por su matrimonio con la reina María I de Inglaterra. Y por ello, sabía que iba a ser imposible, como lo fue para su padre, una monarquía basada en el continuo movimiento de la Corte. Cuando Felipe llega a la Corona de España a los 29 años, ya con la experiencia política que había vivido como consorte en Inglaterra, y sabedor de la amplitud y diversidad de lo que le correspondía gobernar, diseño un proyecto político que pasaba por la creación de un estado moderno. Un estado en el que la autoridad del Rey se transmite a través de enviados y de ordenanzas sin ser necesaria su presencia como gobernante y juez supremo. Es evidente que la extensión del Imperio, así como la coincidencia de varias Coronas sobre la misma cabeza, obligaban al Rey a tener virreyes y gobernadores, así como un nutrido grupo de mensajeros que debían mantener a la Corte al corriente de lo que sucedía en los diversos reinos y en el resto del mundo conocido. Lógicamente, el establecimiento de una sede fija hacía más fácil esta tarea.

Madrid era una más de las ciudades castellanas que contaban con alcázar regio, y ya antes de ser Rey de España, Felipe pasaba largas temporadas en él atraído por la cercanía de El Pardo y de Aranjuez, lugares regios de caza y de esparcimiento, y también cuando, antes de su marcha a Inglaterra, gobierna España como enviado de Carlos I, que está atendiendo su Imperio Centroeuropeo. De hecho, el rey Carlos ya había celebrado las Cortes de Castilla en Madrid en 1534. A ello se le añade la abundancia de agua que en aquellos tiempos parecía que traía el Manzanares y el buen clima, pero, sin duda, para un Rey, como

hemos dicho, consciente del tamaño de su reino y de las empresas que debía acometer, hubo otras razones de índole política y geográfica: la situación bien comunicada de Madrid en el centro de la península, parte de Castilla pero próxima también al Sur por el que entraban las riquezas de las Indias y el hecho de que en Madrid no hubiese poder religioso directo (la diócesis de Madrid no existió hasta finales del siglo XIX), ni existiesen intereses económicos más allá del de proveer a la Corte, motivaron la decisión del Rey, que quería poder organizar su gobierno sin tener que dar demasiadas cuentas.

Esta afirmación de que Toledo pudo perder su oportunidad por ser sede del Arzobispado Primado se sustenta en el conflicto que además, mantenía Toledo con la Corona por la supuesta herejía del Arzobispo Carranza, cuya sentencia final se demoró durante las décadas de los 60 y 70 -medio reinado filipino- y que tan adecuadamente nos describe uno de los mayores conocedores de la época, el catedrático del CSIC, Alfredo Alvar en su obra “Felipe II y la Corte y Madrid en 1561”. Por cierto que Alvar ha sido también decisivo en que ahora podamos conocer con detalle las andanzas de Antonio Pérez y los documentos que tanto guardaba y que, en mi opinión, llevan más fama que agua, es decir, no eran tan comprometedores para el Rey como en aquellos tiempos parecía.

No nos equivocamos si afirmamos que Felipe II era un amante de Madrid, y en concreto de los Reales Sitios que él se encargó de convertir en lugares confortables en unos casos y además, convirtiendo este de El Escorial en la obra de su vida, como el propio Rey nos indica en las cartas a su amadísima hija la Infanta Catalina Micaela, que marchó de España a los 18 años, para no volver.

En esta relación epistolar, a la que el Rey dedicaba unas horas semanales que detraía de la vorágine política, vemos cómo son frecuentes las alusiones a la felicidad que el Rey quería tuvieran sus hijos pequeños tanto en el Alcázar de Madrid como en El Pardo, Aranjuez o El Escorial, porque esa felicidad diaria era la suya propia, y como se nos muestra en varias ocasiones durante los desplazamientos motivados por las Cortes de Aragón, en los que el rey dice “echar de menos los cantos de los jilgueros de Aranjuez”, o estando en Portugal, cuando pide a la Infanta Isabel Clara que vaya a misa a Las Descalzas de Madrid, porque él lo hará a las Descalzas de Lisboa, y así le parecerá estar “en Madrid, en su Corte, con su familia”, como nos muestra Ricardo de la Cierva en su compilación de las Confesiones del Rey.

Como he dicho, la decisión se toma en 1561, pero ya una década antes, en 1551, nos indica Manuel Fernández, cómo el entonces Príncipe, ante la ausencia del Rey Carlos, va “a trabajar a Madrid”, al Alcázar donde estaba su base como regente de España.

Son, como nos indica el mismo autor en la macrobiografía “Felipe II y su tiempo”, motivos geográficos, económicos y poblacionales los que aconsejan que la capital esté en la meseta, lugar seguro y difícil de invadir, mientras que cualquier ciudad de la costa mediterránea podía, aún en el siglo XVI, ser atacada por piratas argelinos o berberiscos y las del arco atlántico por nuestros tradicionales enemigos los corsarios ingleses y aún franceses. Además, la población de Castilla quintuplicaba la de la Corona Aragonesa y tenía buena producción de vino, lana y trigo

En Castilla habían muchas ciudades donde podía haber estado la capital, pero existían en algunas de ellas trabas, como diversos fueros, o concesiones a nobles o a la Iglesia o la pertenencia a

diversos ordenamientos que hubiesen hecho al Rey más difícil tener una ciudad dedicada en exclusiva a proveer soporte a una entidad política del tamaño que el Imperio Español iba adquiriendo, mientras que Madrid era parte del patrimonio real, lo que simplificó procesos como la construcción de edificios para los cortesanos más relevantes o la propia Plaza Mayor.

Como es obvio, la consecuencia inmediata de que Madrid fuese nombrada capital de España fue la inmigración a ella de todo tipo de personas venidas de los diversos reinos, empezando por la aristocracia, pero también los más diversos oficios, clérigos, pícaros y matones de toda condición, y también numerosos soldados licenciados, como los protagonistas de nuestro Siglo de Oro: Cervantes y Lope de Vega, veteranos de Lepanto uno y de la Armada Invencible el otro, los dos hechos militares más relevantes del reinado filipino.

También, el hecho de que la capital estuviera en Madrid reforzó sin duda al reino castellano como el central de los diversos que ostentaba Felipe II, más aún cuando la alianza matrimonial con Inglaterra que tan bien parecía presentarse se deshizo abruptamente con la prematura muerte de María Tudor. Así, para continuar con la aventura atlántica, Felipe miró a Portugal como una nueva alianza, un eje Madrid-Lisboa que era más fácil de mantener que los dominios de Flandes.

Así, otra consecuencia de la presencia del Rey en Madrid pudo ser el alejarse de aquellos reinos, católicos pero muy alejados de nuestra idiosincrasia, que tanta sangre y tantos ducados americanos costaron a las Coronas castellana y aragonesa, hasta el punto de que se sufrieron períodos de bancarrota estatal, si el flujo de navíos a Sevilla sufría algún contratiempo.

Por ello, puede que la propia dificultad del contacto entre la capital madrileña y las ciudades de Bélgica y Holanda, estuviesen en parte en el origen de la Leyenda Negra, que creo debemos desterrar, en primer lugar por su origen interesado, pero también porque son muchas las fuentes que nos hacen pensar que Felipe II, como hombre de su tiempo, fue un personaje admirable, con sus defectos sin duda, y en ningún caso un asesino sanguinario como se quiso hacer ver. Los viajes de Antonio Pérez por Inglaterra, afirmando estar frente a un tirano déspota, también tuvieron gran parte de culpa.

- *Vinculación del Rey a Madrid y legado del Rey a Madrid.*

Volviendo a nuestra ciudad, como he dicho, el rápido aumento poblacional llevó a la ciudad a crecer de manera un tanto anárquica, principalmente hacia el suroeste, hacia la que era la nueva puerta de Antón Martín, que había creado allí su hospital en 1552, primero de la orden del que luego fuera San Juan de Dios, para atender a la población madrileña, necesidad poco cubierta hasta ese momento. El Hospital General de la Villa, que se situó en los terrenos reales situados un poco más al norte, en la zona de San Jerónimo, nació por orden del Rey Felipe en 1587. Ambos hospitales debían, por orden real, sustituir a enfermerías y hospitales pequeños que solían estar en cada convento, y que eran foco de contagios e infecciones. Así al agrupar los enfermos y “profesionalizar” la atención, podemos decir que Felipe II es el autor de la primera ordenación de la sanidad pública en Madrid.

Por su parte, el Concejo de Madrid, que existía desde el siglo XII, asume poco a poco la tarea de servir de apoyo al Estado para la organización de los eventos propios de la Corona y la de acoger sus sedes, algo que todavía sucede actualmente, como por

ejemplo en la tradicional visita al Ayuntamiento que todos los Jefes de Estado en visita oficial a España llevan a cabo. Así, al llegar la Corte repentinamente en 1561, el Concejo debe hacer que se respete la Ley de Regalía dictada por el Rey, y que implicaba que cada madrileño había de ceder la mitad de su casa a un cortesano, lo que, como nos dice el historiador extremeño Teodoro Martín Martín, produjo aún más caos en la ya compleja arquitectura popular madrileña, al construirse únicamente “casas de malicia”, es decir, casas hechas ex profeso para que fuesen tremadamente incómodas para los cortesanos e imposibilitar su división efectiva.

El Concejo de Madrid, no obstante, fue capaz de hacer avanzar obras como la de Plaza Mayor, que implicó tirar muchas casas y que se consiguió en un tiempo récord de dos años. En ello tuvo que ver Francisco de Mora, que fue nombrado Maestro Mayor de Obras, y con él, podemos también decir que en tiempos filipinos comenzó también la planificación urbanística, siquiera mínimamente, en Madrid, como ya sucedía hacía algún tiempo en otras capitales de estados modernos que estaban configurándose como Londres o París. Incluso, debemos a la designación real la que sería la primera normativa sobre salario mínimo, estipulada por el Ayuntamiento para los obreros que agrandaban Madrid a toda máquina, o mejor dicho para aquellos tiempos, a todo brazo.

Un Madrid que comenzó a ver, como nos relatan los historiadores, problemas urbanos que no nos son ajenos hoy: abastecimiento, limpieza, urbanismo y orden. Y es que en 50 años, entre 1550 y 1600, la población pasó de en torno a 7.000 almas a casi 100.000 contando sirvientes, esclavos y demás. Así el Consejo Real debía actuar obligando a las zonas cerealistas castellanas a garantizar el suministro para la Capital.

Es evidente, que aunque el Madrid histórico que conocemos más es el del XVIII y el XIX, es decir, el Madrid de los Borbones, ya habían edificios relevantes en Madrid antes de ser capital, y así se conservan todavía la Torre de los Lujanes o la Casa de Cisneros en plena Plaza de la Villa y el Monasterio e Iglesia de los Jerónimos. Pero el legado de Felipe II también está ahí, pues el impulsó personalmente e inauguró el Monasterio de las Descalzas Reales, que se comenzó a construir al inicio de su reinado por deseo de su hermana Juana, que había regresado de Portugal a Madrid tras la muerte de su esposo el Príncipe heredero Juan, y dejando allí a su hijo Sebastián que a la postre, como saben, sería rey de Portugal, título que recaería luego en Felipe II hacia el final del siglo.

El Monasterio, si dejamos aparte esta colosal obra de El Escorial, es una importante pieza del legado del Rey, pero también es destacable el Convento de Santa Isabel, que aún hoy es un colegio del Patrimonio Nacional.

□ *Felipe II: un hombre familiar. Cartas a sus hijas y referencias a Madrid.*

Dentro de lo convulso del siglo y de sus innumerables actividades como Rey absoluto, vemos que el rey nunca dejó de ocuparse de Madrid, siquiera cuando marchó a hacerse cargo de la situación en Flandes, dejando a Espinosa como regente o durante su estancia para asumir la Corona portuguesa, en la que le representaba en cardenal Granvela. Ambos recibieron instrucciones de cómo debían seguirse desarrollando la Villa y Corte y las obras de mejora del Alcázar y sobre todo, esta de San Lorenzo.

Porque Felipe, que era rey de medio mundo, siempre se sitió, principalmente, rey de España y por eso sabía que su destino debía ser el de volver a Madrid, donde quería educar a sus

herederos en el arte de reinar y donde quería establecer un lugar feliz, como ya he dicho, para su familia.

Por ello, es necesario que pensemos en Felipe II como un personaje sin duda admirable, como admirables fueron la mayoría de los que a su lado estuvieron, que forjaron un imperio y protagonizaron el que ha sido el momento de máximo esplendor de nuestro país en la Historia.

Es por eso, el momento de que los españoles dejemos de pensar en la Leyenda Negra y redescubramos el personaje de Felipe II. Una Leyenda que desde el XVI se viene difundiendo desde las islas británicas y que, en cierto modo, lo sigue siendo, como es el caso de las últimas producciones de Hollywood sobre la reina Isabel de Inglaterra, como nos indica Antonio Pérez Henares en la propia revista Barcarola. Una excelente definición de la Leyenda Negra es la que nos da Fernández Álvarez:

*“Cuidadosa distorsión de la historia de un pueblo, realizada por sus enemigos, para mejor combatirle. Y una distorsión lo más monstruosa posible, a fin de lograr el objetivo marcado: la descalificación moral de ese pueblo, cuya supremacía hay que combatir por todos los medios.”*

Por eso, ahora que la supremacía de España es simplemente un capítulo de la Historia, están los historiadores extranjeros y nacionales descubriendo realmente quién fue Felipe II.

De hecho, si algo marca la existencia del Rey Felipe es que era un hombre absolutamente consciente de su destino, asumiendo su papel de Rey Católico, de defensor de esa España que sus bisabuelos habían unido, especialmente una vez que supo que no

reuniría en su cabeza las dos coronas principales de su padre. Lo que sí heredó es la vocación atlántica que le fue transmitida, y que, primero como consorte en Inglaterra, luego como rey de España y más tarde en Portugal, centraron su manera de concebir el mundo.

Es evidente que la dureza de la represión en Flandes, que pudo ser ordenada o sólo consentida con Felipe, son el origen de esta Leyenda, a lo que se suma el hecho de haber enviado la más poderosa Armada de guerra a Inglaterra, pero todo ello entraba dentro de lo que podían entenderse como labores lógicas de un Rey Católico. Así, es cierto que se produjeron numerosas ejecuciones, por motivos, frecuentemente de traición a la Corona o de Fe, o de ambas cosas a la vez, en este periodo en que la reforma protestante puso en vilo a Europa.

Pero cosas similares y aún mucho mayores sucedieron en las Cortes de María e Isabel Tudor, cada una en un bando, y sin embargo, es esta última, “la Reina Virgen”, la que ha salido mejor parada, quedando el rey Felipe como un tirano y la reina María como una sanguinaria “Bloody Mary”, quizá por aquello de que la Historia la escriben los vencedores, y es cierto que Inglaterra comenzó a serlo desde aquel momento.

No obstante, Felipe fue un hombre familiar. Sabía de su alta cuna y, por lo tanto, de que como cabeza de familia había de hacer lo mismo que hizo su padre: cuidar al heredero, disponer los mejores casamientos para las mujeres, de forma que se mantuviese el equilibrio político y también que los infantes e infantas recibiesen la educación adecuada a su linaje y que de tanto les iba a servir en sus relaciones futuras. Esto se intensificó aún más tras la muerte del desgraciado Príncipe Carlos, víctima de la cosanguinidad (tenía sólo 4 bisabuelos en vez de 8, y 6 tatarabuelos en vez de 16) y de

la quizá demasiado escasa presencia de su padre en su educación como heredero, ausente como estaba en su viaje a Europa por orden de Carlos I y luego en Inglaterra al casarse con la reina María.

Por eso, quiso Felipe cuidar muy especialmente a sus dos hijas Isabel Clara y Catalina Micaela, y también con sus cinco hijos menores, cuya salud era muy precaria, poniendo en peligro la dinastía. De hecho, sólo sobrevivió a la edad infantil uno de ellos, que sería a la postre Felipe III de España y que no heredó las cualidades de su padre, aunque mantuvo todavía la fuerza del Imperio.

Con las dos primeras mantuvo una intensa relación epistolar que se ha conservado y que nos sirve para ver cómo el rey, que no tenía más remedio que preocuparse por los grandes asuntos de estado, lo hacía también por los pequeños de su casa, por su salud y por los negocios de su familia, como cuando aconseja al Duque de Saboya, marido de Catalina, en cada paso que éste da, por más que el ducado no fuese uno de los actores relevantes de la Europa del XVI.

Son constantes también las referencias a Madrid, a Aranjuez, a El Pardo y a El Escorial, como queriendo hacer partícipe a Catalina de cómo disfrutaba con cada época del año junto a Isabel Clara y los hijos pequeños.

Destacan también en estas cartas la felicidad que le supone al Rey saber que son nueve los nietos que tiene en Saboya, y todos ellos sanos, pues llegaron a la edad adulta. El Rey muestra su preocupación con cada catarro o fiebre de estos pequeños, lo que demostraba sus sentimientos hacia quienes nunca tuvo la oportunidad de conocer. Del mismo modo, al fallecer su amada hija

Catalina al dar a luz al que sería el décimo nieto del Rey, la ya deteriorada salud de Felipe II bajó otro peldaño, falleciendo el Rey apenas 10 meses después.

Por eso, podemos decir, que lejos de la inhumanidad con la que ha querido pintársele, Felipe II detraía tiempo para estos asuntos familiares, hasta el punto de que su embajador en Venecia, Leonardo Donato afirma en sus relaciones: *“Parece que el Rey se ocupa en muchas pequeñeces que quitan el tiempo para cosas mayores.”* No obstante, el embajador afirma también que *“no conoce escribiente o secretario que escriba más rápido que el Rey”*, y destaca el saber estar del monarca y su discreción, es decir, guardarse lo que sabía para cada ocasión y no turbarse ni espantarse ante cosa alguna de este mundo, cosa que quizá le enseñó su contemporánea Teresa de Jesús en la única vez que se vieron, y que fue suficiente para que Felipe apoyase sin dudas la obra de la santa de Ávila. Bien distinto es que la dignidad de quien quería tener todo bajo control no le hacían mostrar excesivos sentimientos en público, no sólo de afecto sino tampoco de cólera.

Porque sin duda, de manera contraria a lo que ha sido habitual en los reyes absolutos, y particularmente en los de España, Felipe II siempre trabajó su gobierno de manera directa, y con gran dedicación. El propio Donato lo relata así:

*“Trabaja con tanta asiduidad sin tomar recreacion, que no hay oficial alguno en el mundo, por asiduo que sea, que esté tanto en su oficio como S. M., así lo dicen sus ministros, y parece que es cierto.”*

- *Felipe II en las artes.*

Además, el Rey Prudente, como se le ha llamado, fue un hombre culto para su tiempo, buen amigo de los libros y apreciador de las artes, cosa que le vino natural desde pequeño. Es evidente que si grandiosa es la obra del Monasterio, no menos grandiosa es la biblioteca que encierra y que estaba, por tamaño y calidad, entre las primeras del mundo en tiempos del Rey. Ricardo de la Cierva dedica un capítulo de sus confesiones del Rey a su biblioteca, y en él nos afirma que Felipe adquirió sus primeros libros con sólo 13 años, que para 1553 tenía más de 800 en Madrid, que eran 4.500 dos décadas después, y que a su muerte eran más de 14.000 los que dejaba en el Escorial, algunos de incalculable valor ya entonces.

Una muestra de la naturalidad de la relación del monarca con los libros era que cuando veía una biblioteca que le gustaba, la adquiría al momento y ordenaba su traslado al Escorial, que además de Monasterio, nació como escuela y espacio para la investigación geográfica, histórica y matemática. Además, debe destacarse que hasta 1566, en pleno reinado filipino, Madrid no tuvo imprenta, tardío hecho que contrasta con el pujante sector de las Artes Gráficas que se desarrolló en el XVII y que aún perdura.

Una vez más, la Leyenda Negra no nos dice que Felipe fue un defensor de las artes, las ciencias y la literatura. Al contrario, nos lo muestra casi como un Inquisidor, como un censurador. Algo de eso hubo, no quepa duda, porque su misión como Rey Católico quedaba por encima de esta otra faceta real, pero pocos reyes dejaron a su muerte tamaña biblioteca y semejante colección de cuadros como la que disfrutamos en el Museo del Prado como legado filipino a España y a la Ciudad de Madrid.

Así, nuestra pinacoteca nacional tiene catalogados decenas de cuadros que fueron encargados o adquiridos por Felipe II, que comenzó así con una tradición de coleccionismo pictórico por parte de los reyes que se han convertido ahora en uno de nuestros más valiosos patrimonios nacionales y en un fantástico atractivo turístico.

Entre las obras del rey Felipe destacan italianos, flamencos y españoles, es decir, una nutrida representación del arte de las tierras que Felipe portaba en su Corona. Al retrato que siendo Príncipe le hizo Tiziano en su viaje a Europa en 1551, se añaden las flamencas de Van der Weyden, Patinir y El Bosco, y después las de Van Eyck, y también los excelentes retratos de Alonso Sánchez-Coello así como los lienzos de Navarrete el Mudo. No hay que olvidar que había que llenar las paredes de los Reales Sitios, y Felipe lo hizo, además con lo mejor del momento.

Como nos dice Fernando Checa, ex Director del Prado y una de las personas que más ha profundizado en el catálogo de pinturas adquiridas por el monarca, con él, “la pintura pasó de ser una forma de conmemorar la dinastía, mediante el retrato, a ser un arte apreciado por sí mismo en la Corte”. Es decir, que Felipe II estimuló a la vez la escuela pictórica española y a sus descendientes para que protegieran a los pintores, destacando Felipe IV, que no sólo supo conseguir lo mejor que había en el mercado de su tiempo, sino que compró más tizianos y veroneses para el Prado. Quizá sin él no hubiésemos tenido un Velázquez o un Goya.

Así el Prado tiene retratos de Tiziano, pero también su Dánae o su Venus y Adonis y también pintura histórica y religiosa del maestro italiano, como el Entierro de Cristo o Adán y Eva, sin contar con las que están aquí en El Escorial, como el propio Martirio de San Lorenzo.

Entre los retratos de Felipe II que se conservan, podemos decir que el de Álvarez Coello es el que mejor nos muestra la estampa del Rey serio, prudente, quizá meditabundo y poco cercano, vistiendo su uniforme militar. Muy parecido es el de Felipe en ese terno oscuro que centra la imagen en el rostro grave del rey y que atribuido al propio Coello hasta hace poco, se sabe ahora que es obra de la pintora de cámara Sofonisba Anguissola, discípula de Coello. Otra innovación real, añadiendo a la Corte no ya un pintor de cámara, sino una pintora, que además actuaba como dama de compañía de la reina Isabel.

Ambos cuadros, no obstante, tienen también un fuerte parecido al que pintó Antonio Moro y que se conserva en Bilbao, por lo que, dejando a Tiziano aparte, podemos hacernos una buena idea del semblante del Rey Prudente. Por último, aquí, en El Escorial, podemos ver cómo el tiempo ha hecho mella en el Rey, pero no en su gesto grave, en la obra de Pantoja de la Cruz, fechada hacia 1590.

No obstante, dentro de los retratos, es principalmente gracias a Sánchez Coello que conocemos a la totalidad de la familia del Rey, incluso a sus hijos que murieron siendo aún niños, e incluso algunos acontecimientos familiares han quedado retratados por Tiziano u otros autores, como la felicidad por el nacimiento del infante don Fernando, que parecía iba a solucionar definitivamente la sucesión y también al Rey ofreciendo al pequeño príncipe de Asturias al cielo en agradecimiento por la victoria sobre los turcos, y parece que el cielo se tomó en serio este ofrecimiento, pues se lo llevó antes de que cumpliese los siete años.

También gracias al Rey tenemos también en el Prado obras muy importantes de Dirk Bouts, Gossaert o Robert Campin, pero desde

luego, de no haber sido por pura afición a la pintura, muy raramente hubiesen podido llegar a España obras como las del Bosco, como su Jardín de las Delicias, tan alejadas de los cánones habituales.

Sería absurdo proseguir indicando una por una todas las aportaciones filipinas al Prado y a otros museos y Reales Sitios españoles, pero creo que es obvio que él fue el promotor de que España sea la primer pinacoteca del mundo.

No fue ajeno tampoco el Rey Felipe a otra realidad artística, la música, aunque si debemos decir que la pintura o la caza la procuraba para su disfrute, en el caso de la música, esta era producida, con el beneplácito del Rey, para que fuera disfrutada por la Familia Real y por la Corte. Incluso, por las cartas a sus hijas, podemos afirmar que la música más grata para el monarca era el canto de los pájaros, que disfrutaba en el Pardo y en Aranjuez junto a su ventana y que echaba de menos en sus viajes. Para ello, el Rey mandaba plantar árboles y construir lagunas y cursos de agua en sus palacios, de manera que se atrajese a jilgueros y ruiseñores y de paso, que no faltase su otra gran pasión, la caza.

Pero en lo que se refiere a la música “humana”, ya desde príncipe tuvo el Rey Felipe a su cargo a un verdadero artista, Antonio de cabezón, que pese a su ceguera fue el más brillante músico de su tiempo, a la cabeza de los compositores para teclado. Además, es durante el reinado filipino cuando, gracias a la invención de la imprenta musical, las partituras comienzan a distribuirse con mucha rapidez, de forma que Cabezón se convierte en el más popular de su tiempo. Por supuesto, además del teclista, que actúa como maestro de capilla, la Corte tiene su capilla de cantores para actos religiosos y fiestas de todo tipo, siendo reforzado para estas últimas con músicos contratados que tañían el laúd o la vihuela.

Además, a la muerte de Carlos I, llegan a la Corte de Madrid la capilla de músicos flamencos de éste, que dirigía Nicolás Payen. Casi todos los maestros de capilla de Felipe II, si exceptuamos a Cabezón, serían flamencos venidos a través de esta escuela, considerada entonces la mejor del mundo. También tiene su organero flamenco en El Escorial, Gilles Brevos, y se traían niños cantores desde allí. Aunque como hemos dicho, los músicos al servicio de la Corte actuaban en todo tipo de eventos, el Rey disfrutaba más con la música sacra que con cualquier otra, y por ello, decidió que en El Escorial hubiesen monjes jerónimos, que eran los mejores cantores.

Como nos indica Pepe Rey, uno de los músicos contemporáneos que más ha estudiado al monarca, en honor de Felipe II se editaron 12 libros de música que se conservan, así como 2 misas, 8 cantos y danzas para celebrar acontecimientos sobre su reinado y tres obras con motivo de su muerte. No obstante, pese a haber recibido, de pequeño, cierta formación musical, el Rey no tocaba instrumento alguno ni cantaba, y su participación se limitaba a las danzas formales de la Corte. Porque, como hemos dicho, el Rey también hacía aquí gala de su título de Católico, y así no le importaba que se alargasen los oficios con cantos y cantos, más aún cuando estaba de luto por alguien de su familia, lo que sucedió frecuentísimamente durante su reinado, pues enterró 4 esposas y seis hijos, sin contar otros familiares. Incluso se enfrentó con el Papa, pidiéndole que no llevase a cabo su proyectada revisión del gregoriano. En este sentido, cabe decir que la música le servía para reconciliarse con Dios, porque él entendía que la obra de un Rey estaba participada directamente con Dios, y cada revés, como la pérdida de un heredero o una batalla, era debida a una ofensa del Rey a Dios por algún motivo.

Es esa perspectiva de un Rey profundamente Católico al que le toca reinar en un momento en el que su religión se ve atacada por anglicanos y protestantes, como mejor podemos entender la manera de actuar de Felipe II. Así, su mirada hacia el otro lado del Atlántico es la principal empresa de España, pero también su obra evangelizadora ante Dios, y sin duda también el desgaste para mantener Flandes en el bando católico, e intentarlo en la medida de lo posible con Francia e Inglaterra, con distinta suerte, mediatisaron la vida de este Rey castellano que en las horas de meditación que dedicaba a los asuntos de estado, tenía siempre presente su obligación divina.

▪ *El Madrid de hoy, historia y futuro.*

Así fue el Rey Felipe, y volviendo a nuestra Ciudad, que tanto le debe, quedan aún, más de cuatrocientos años después de su muerte, muchas cosas que le debemos al Rey que decidió que fuese la capital de sus reinos.

Por eso, hay tradiciones de la capitalidad que son ya parte de nosotros como ya he indicado, y que obligan al Ayuntamiento de Madrid a realizar gratas funciones al servicio del Estado, como sede de embajadas y organismos internacionales, como anfitrión de los líderes mundiales y como sede de los acontecimientos de estado, algunos de los cuales son tan vistos como la entrega de cartas credenciales de los embajadores a S.M. el Rey en el Palacio Real.

Felipe II cambió el destino de nuestra villa, y casi podemos decir - permitidme cierta ironía- que nos ha costado estos cuatro siglos adaptarnos a ello. No en vano a principios de este siglo nos describía Azorín como un poblachón manchego, y hasta Paco

Umbral nos seguía recordando el año pasado en una de sus últimas columnas antes de su fallecimiento.

Porque si algo cambió la decisión del Rey fue el carácter de Madrid, desde entonces -a pesar de las casas de malicia- una ciudad acostumbrada a recibir como madrileños a cuantos han querido serlo, a cuantos han querido formar parte de este protagonista colectivo de la vida de España. Los Reales Sitios que él disfrutó (El Pardo, Valsaín, Aranjuez y El Escorial) están disponibles para todos nosotros, junto con los Palacios que luego se fueron construyendo, para que podamos revivir en directo la Historia de España y así, conocernos mejor a nosotros mismo.

Ya hemos hablado del germen del Museo del Prado, de la Plaza Mayor y de la apertura de la Calle Mayor, vía principal de ese Madrid de los Austrias y de los avances en la organización del estado y también, aunque algo más tímidos, en la organización municipal de Madrid.

Hoy, cuatrocientos años después, Madrid sigue siendo la puerta de Sudamérica para Europa y de Europa para Sudamérica, canalizándose ese flujo hoy a través del Aeropuerto de Barajas y de las importantes inversiones que cruzan el Atlántico a través de Madrid.

También heredamos del Rey Felipe esa manera de crecer un tanto anárquica de Madrid, que aún hoy no hemos corregido del todo y que mezcla tradición y modernidad en un solo espacio. Una ciudad en la que confluyeron los más diversos oficios y todas las tendencias de la cultura, y por eso, aún hoy, es creadora en gastronomía, en diseño, en moda.

Madrid es el lugar donde suceden algunas de las grandes obras de nuestra literatura y donde se sigue creando ésta, es hogar de la mayor pinacoteca del mundo y siguen surgiendo nuevos valores pictóricos. Madrid, consciente de su pasado, mira al futuro con nuevos retos, como el de su vocación olímpica. Una ciudad cosmopolita pero integradora, un poblachón manchego convertido en capital, cuyo principal activo, por importante que sea su legado cultural y arquitectónico, es la gente, que llegó y llega todos los lugares de España y del mundo para ser parte del protagonista colectivo más importante de la Historia de España que cada se sigue escribiendo, para ser parte de un lugar donde siempre está pasando algo y hay una oportunidad por descubrir, un lugar que es de todos y del que todos nos sentimos un poco dueños, porque Felipe II se la ofreció, quizá sin saberlo, al mundo con su decisión de 1561.

Muchas gracias.